
“Y madrugar, poeta, nómada,
al crudísimo día de ser hombre.”

César Vallejo (Desnudo en barro)

PRÓLOGO

LADRÓN DE MEMORIAS

La oficina estaba cerca de mi casa. De vez en cuando manejaba las pocas cuerdas desde mi trabajo para prepararme de comer y ahorrarme algún dinero.

Ese día estacioné mi carro al lado este del terreno de la casa. Al bajarme vi la puerta de atrás abierta, un portón de madera que lleva a un patio trasero con tierra, en el que apenas había una mesa de plástico y cuatro sillas blancas del mismo material.

La puerta de la cocina estaba abierta de par en par. Me di cuenta que alguien había entrado. Me apresuré con curiosidad y miedo, la respiración me retumbaba en el corazón.

Es la segunda vez que se metían a mi casa. La primera revisé cada rincón y las pocas cosas de valor. Todo estaba allí. Fue extraño que solo faltara un anillo de plata que dejé en el lavamanos. Pensé que no habían podido llevarse más cosas por algún contratiempo. Al acostarme esa noche sentí un vacío en mi cuarto, como si hubiera un espacio que no existía antes. Era la caja de madera que tenía a los pies de la cama, desde que decidí vivir solo cuando salí de la casa de mi madre. El lugar que llenaba con documentos, boletos de conciertos, fotografías, cartas de amigos y amantes adolescentes.

Llegué a pensar que el culpable había sido algún ladrón especializado en usurpar memorias, alguien que disfrutaba violar la privacidad de la gente y se robaba las cosas de poco valor. Algún idiota a quien le daba placer sentarse a husmear en la vida de otros, buscando tesoros que pudiera adjudicar a la suya, cosas que odiar, cursilerías, pedazos de papel con bromas sin contexto, declaraciones de amor, fotografías de extraños, gente viendo al vacío, imágenes que le ayudasen a inventarse historias.

Esperé recibir alguna nota para exigirme dinero a cambio de mis recuerdos. Al ver que nadie se comunicó en las primeras horas inicié una operación de rescate por todos los callejones de mi vecindario. En las mañanas antes de ir al trabajo manejaba por los caminos de tierra, sacándole la vuelta a enormes contenedores negros de basura, buscando una caja de madera blanca con calcomanías de bandas de rock, estaciones de radio, campañas políticas y citas cursis.

A veces en el camino había papeles amontonados, fotos, bolsas de plástico que parecían cargar lo que había coleccionado por tantos años. En una ocasión vi a una mujer de lentes oscuros y varias capas de ropa encima caminando lento, con una bolsa negra al hombro, recogía latas de aluminio para vender por libra. Me detuve y le pregunté si había visto la caja blanca con mis memorias. Le expliqué algunas de las cosas que venían dentro, las fotografías, los osos de peluche que me había regalado una novia en la primaria. La indigente no había visto nada.

Perder esa caja fue doloroso, pero a las semanas compré un pequeño baúl de madera, más pequeño que la caja de antes, como si con la edad el interés en recordar se redujera. Comencé una vez más ese ritual de depositar memorias físicas en él. Lo guardé donde pensé estaría más seguro, donde un ladrón de memorias no buscara. Pensé podría seguir mi vida como si nada hubiera pasado.

Esta segunda vez que invadieron mi casa parecía como si hubiera sucedido una tormenta dentro de sus paredes. Como si los árboles hubieran escupido todas sus hojas al interior. Los nuevos intrusos esparcieron todo lo que encontraron a su alcance, el contenido de mi refrigerador, el azúcar, la sal, la pimienta, leche, huevos, nopales, queso. En el piso vi hojas de laurel, comino, cilantro, todo revuelto, sazonando algún caldo al éter, jugando una broma que solo ellos entendían.

En la sala faltaba la televisión que me habían regalado un par de meses antes por mi cumpleaños. Camisetas

blancas, ropa interior, zapatos, cinturones, gorros, corbatas, todo disperso, como si hubiera habido una fiesta con amanecida de días y todo hubiera terminado en pleito.

Me asomé al cuarto y el colchón estaba volteado, el resto del closet encima de todo, documentos rotos, almohadas sin funda, pasta de dientes embarrada en los azulejos de la pared.

Sentí tristeza, coraje, confusión. Me senté en donde pude y comencé a llorar moliendo todo lo que traía en el pecho. Lágrimas gordas me corrían de dos en dos por las mejillas. A veces sonreía, pensando que el ladrón de memorias no se había podido comunicar conmigo y había regresado a vengarse por mi indolencia.

Esta vez se había llevado todo lo que pudo.

Esa noche no pude dormir. El lugar era todavía un desorden, la ventana seguía vencida, el olor revuelto en el que se había convertido la casa. El temor.

Un amigo me invitó a quedarme en su departamento en cuanto se enteró de lo ocurrido. Llevaba una maleta pequeña y pensé que necesitaba unos días para comenzar a poner todo en su lugar.

Hice el reporte a la policía y los agentes me aseguraron que la persona responsable era alguien conocido. Los uniformados repitieron que no había razón para tanta cizaña en un robo a plena luz del día. Me preguntaron si tenía enemigos y no pude responder con certeza, no conozco a nadie que perdería de esa manera el tiempo. Me llamaron unos días después para decirme que no habían tenido casos de robo domiciliario en la zona en unos meses, pero que se mantendrían en contacto.

A todos nos dan ganas a veces de salir corriendo. Son pequeños espacios que se abren en la conciencia, momentos en los que sabes que tomar un riesgo es lo que necesitas para seguir con vida. Muchas veces he sentido ese impulso de arrancar y lo he abandonado. A veces es porque me da miedo la incertidumbre que ocasiona el hacer algo distinto, o simplemente no lo permite la realidad familiar o las responsabilidades económicas.

Esa ventana en la conciencia se volvió a abrir esa noche de verano en Phoenix, como cuando se camina de noche en una habitación oscura y la poca luz que percibes te dirige a algún lugar desconocido. En la negrura de mi cabeza comencé a buscar algo de luz.

Me hurtaron cosas que no puedo reemplazar jamás. Había terminado la relación sentimental más determinante de mi vida adulta hasta ese momento. No podía seguir viviendo en el mismo lugar y afortunadamente el contrato se había vencido. Había podido ahorrar un poco de dinero en el último año gracias a que en mi trabajo me ofrecieron una nueva oportunidad, una posición con responsabilidades mucho mayores, pero que también podía utilizar para reclamar vacaciones acumuladas por años. Iba a tener que viajar apretado, probablemente solo, todavía bregando con el dolor de una separación, sin casa cuando regresara, y tenía que irme en unas semanas.

Mientras daba vueltas en la cama pensé en Sudamérica. Me acordé de las historias mágicas del Titicaca que me contaba mi amigo Ayo fumando cigarros y balanceando la embriaguez. Recordé el acento chileno

de una mujer a la que amé con mucha fuerza, de su familia santiagueña. Vino a mi mente la curiosidad que tenía cuando adolescente por el peronismo en Argentina, nacido de un documental que vi en la secundaria de la historia rioplatense.

Con el cuerpo todavía tenso, me imaginé viendo en el cielo un cóndor, visitar Quito y a la familia de la mujer con la que acababa de terminar una relación. Me imaginé ver las increíbles montañas de Los Andes, aprender de las raíces indígenas tan diversas, de tantas regiones, de tantas sus gentes.

No podía cerrar los ojos sin que mi mente fuera tomada por imágenes inventadas, así que comencé a pensar con los ojos abiertos. Me emocionó aprender la historia de los pueblos latinoamericanos y su relación con el colonialismo, la esclavitud y el desplazamiento de sus comunidades indígenas y negras. Me acordé de Guayasamín, de su pintura combatiente, de Galeano, de cómo aprendí de nuestra historia, de la música lamentosa de Mercedes Sosa, de los himnos de Violeta Parra, del aburguesado y delicioso rock del Cono Sur, de los tambores del candombe en Uruguay, del bolero, de la panamericana cumbia.

Comencé a pensar en el privilegio de poder viajar. De los muchos seres queridos que no pueden siquiera ver a sus familias en países vecinos. De gente que ha estado separada por años, con la impotencia de no verse.

Reflexioné en las circunstancias, en el hecho que no había nada en particular que me hiciera merecedor de poder ver las raíces de nuestra gente. Pensé que viajar por

el continente era una oportunidad de ver en vida el resultado de la historia real, de lo diferente que sería de lo que aprendí en los libros de texto y mis maestros.

Ya era de madrugada, el cielo de Phoenix se había puesto pardo con el morado del alba. Yo todavía acostado esperando que se enfriara el otro lado de la almohada.

Me acordé de historias de aventura, de personas que con poco habían visitado lugares que los habían inspirado, prendiendo su imaginación, que les habían ayudado a crecer como personas, a madurar su pensamiento, a aprender de otra gente.

La intrusión a mi privacidad acentuó la soledad crónica que aletargaba mi vida. Ahora más que nunca necesitaba espacio, reeducar mis convicciones, reflexionar.

Ese fin de semana metí el desorden dejado por los rateros en cajas, preparé un ceviche, compré cervezas, y mis amigos más cercanos me ayudaron a mudar todo a un *storage*.

Mi vuelo era a Buenos Aires y el regreso era de Quito ocho semanas después. Debía aprender más de la gente que vive en los lugares a los que iba a visitar. Comencé a leer más, pero todavía sin saber dónde volver a empezar.

En la preparatoria tenía dos grandes amigos que me habían incitado a la lectura. Miguel me recomendaba libros de historias obscuras, los poetas malditos eran su lectura de cabecera y los poemas que me compartía hablaban de perros muertos y adolescentes petulantes. Nos reuníamos en cafés para inventarnos proyectos, para reírnos de nuestra juventud, para hablar de aquellos que representaban la autoridad. Junto con Miner-

va, su pareja en ese entonces y una de mis mejores amigas, habíamos comenzado una revista juvenil que incluía poesía, política, cultura y deporte, un proyecto que me había ayudado a escribir para compartir con otros, a leer lo de otros para construir una voz nueva.

Desde entonces comencé a escribir como si fuera una necesidad. En libretas narraba historias cortas, analizaba la situación política, constantemente batallaba con la poesía, me emocionaban las historias complicadas de otros, me gustaba imaginármelas en escenarios de teatro. Años después me dediqué al periodismo, y cuando me involucré en la organización comunitaria dejé de escribir por completo. Ahora solo escribía planes, teorías de cambio social, narrativas justificando fondos e inversiones, lanzamientos de prensa. Lo que por años me hizo sentir que podía crear mundos, ahora era una herramienta de trabajo más.

Me acordé que había leído acerca de una publicación de Octavio Paz que tenía un formato en el que los artículos se dividían en tiempo, destiempo, pasatiempo y contratiempo. Me parecía una manera justa de describir un viaje. Decidí que con este marco podría regresar a la escritura mientras viajaba, de reflexiones de viaje, de sucesos, una crónica que escribiría para mí, no para compartir con otros. Sin agendas ni motivos, una serie de notas de lo que veía, sentía y hacía.

El libro inicia con las historias de mi visita a Sudamérica, un espacio en el que busco nuevos pedazos de la persona que quiero ser, en el que soy retado por atracos, pleitos, besos, poemas y enfermedad.

Al regresar a los Estados Unidos inicié mi nuevo

puesto que me obligaba a viajar y decidí continuar escribiendo. Por casi diez meses viví en casa de amigos, en hoteles, a veces dormía en mi carro o de arrimado en alguna fiesta de extraños. Terminé mudándome temporalmente a Washington DC, donde obtuve un nuevo trabajo que me obligó a viajar aún más, y las crónicas continuaban. Conocí personas que me inspiraron, estuve en el maratón de Boston el día de la bomba, en el bar de Denver el día que ella buscaba a alguien con quien dormir, en la frontera con mi padre.

Este libro narra la historia del constante movimiento. De un mexicano que por azares de la vida terminó viajando, sintiéndose desplazado, sin un hogar fijo, desamorándose, volviéndose a enamorar, intentando nuevas vivencias, alcohol y otras sustancias.

Escribí estas historias pensando que nunca nadie las leería. Escribí estas notas para mí. Un día, visitando a mi amigo Miguel en China, le compartí lo que escribía. Tal vez fue el tequila que nos tomábamos, pero me preguntó por qué no publicarlo. Le confesé del miedo que tenía de compartir cosas tan personales con otros, y me respondió que ese era el mejor trabajo, el que venía de los lugares más honestos.

Ahora la nueva caja de madera se ve casi llena, he empezado a mudar memorias a una caja de cartón, temporal. He guardado cartas, boletos, fotografías, memorias de viajes, de amores, de amistades, pero ya no la he abierto, no quiero saber qué memorias particulares existen ahí, por si acaso me las roban de nuevo evitar el dolor.

Preferí esta vez escribir, publicar algo que compartir, un tipo de memoria colectiva que sea narrada en las voces de otros, que le haga difícil al ladrón volverlas a robar. Esta vez ya no solo van a ser mías, ni estarán escondidas. Las memorias ahora vivirán en papel y tinta, serán una carga para otros, y la responsabilidad no será mía. Será también de aquellos que quiero, y de aquellos que no me conocen y buscan simplemente encontrarse historias de otro.